

EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 3 Noviembre 1906.

Núm. 44.

Catequística.

(Continuación).

Otra de las muy claras profecías, relativas á la venida del Mesías, es la profecía de Ageo. Vió este santo profeta que andaban muy decaídos de ánimo todos los judíos, porque el templo, reconstruído por Zorobabel, no alcanzaba, ni con mucho, la magnificencia y esplendidez del templo de Salomón; y trató de levantar los corazones de los buenos israelitas, diciéndoles: «Esto dice el Señor de los ejércitos: no pasará ya mucho tiempo y yo conmoveré el cielo y la tierra, y el mar y la (parte) árida, y moveré todas las gentes, y vendrá el deseado de todas las naciones, y llenaré esta casa (el templo) de gloria,y será mucho más grande la gloria de esta última casa que la de la primera, dice el Señor de los ejércitos: y en este lugar daré yo la paz, dice el Señor de los ejércitos (1).

Dos cosas aparecen aquí brillando con abundante luz. Primera: que el deseado de las naciones vendrá al Templo reedificado por Zorobabel, y en ese Templo dará la paz al mundo. Segunda: que la grandeza de este Templo será producida por la presencia del Deseado de las gentes; ó del Mesías prometido.

Sácase de estas dos cosas una clara consecuencia, y es: Que el deseado, ó Mesías prometido, tuvo que venir al mundo antes de la destrucción del Templo de Jerusalem; y que debía de ser más que un puro hombre; ser debía Hombre Dios; porque, de otro modo, no se concibe que su presencia hinchera al nuevo

(1) Ageo, capt. 2, ver. 7.

Templo de mayor grandeza que lo que al antiguo habían dado Salomón y los Reyes de Judá.

Pues ahora decimos nosotros: El Templo de Zorobabel hace ya unos mil ochocientos treinta años que está por los suelos, y no tiene piedra sobre piedra: luego hace también por lo menos ese tiempo que ha venido el Mesías, anunciado por el profeta Ageo. Pero unos setenta años antes de la destrucción del Templo segundo de Jerusalem vino á él Jesucristo, el Hijo de la Virgen María, y lo santificó y lo llenó de gloria con su divina presencia, según ya dijimos en el artículo antecedente; luego bien claro sale, no sólo que Ageo profetizó la venida del Mesías, sinó que ese Mesías ya vino, y que no es otro que Nuestro Señor Jesucristo.

Muy parecida á la de Ageo es la profecía de Malaquías; y por ser tan parecida, nos creemos dispensados de explanarla; y nos contentaremos con trasladarla á estas páginas, tal cual el profeta la enunció. Dice de este modo:

«He aquí, que yo enviaré á mi Angel (al Bautista), y preparará el camino ante mi faz. Y al momento vendrá á su templo (de Jerusalem) el dominador, á quien vosotros buscáis, y el Angel del Testamento, que vosotros deseáis. He aquí que viene, dice el Señor de los ejércitos.....

Y purificará los hijos de Leví (los sacerdotes de la nueva Ley), y los colará como el oro y como la plata, y ofrecerán al Señor sacrificios en justicia (el sacrificio de la Misa)» (1).

Tenemos también las profecías que nos anunciaron las circunstancias del nacimiento del Mesías. Así la promesa del paraíso nos dijo que había de nacer de Madre Inmaculada (2); la profecía de Isaías nos asegura que, además de Inmaculada, ha de ser Virgen antes y después de la concepción de Dios en su seno (3) la de Jacob nos asegura que será de la Tribu de Judá (4); la general creencia que había de ser de la familia de David (5); y, por fin, la de Miqueas, que había de nacer en Belem. Y así, en efecto, se realizaron todas esas profecías en el nacimiento de Jesucristo. Fué Hijo de María, Virgen é Inmaculada; fué de la familia de David, según nos refieren las dos genealogías de los Evangelistas

(1) Malaquías, capt. 3.º, vers. 1.º al 3.º

(2) Génesis, capt. 3.º, ver. 15.

(3) Isa., 7, 14.

(4) Génesis, 49, 10. Mateo, 22, 42.

(5) Isaías, 7, 13 y 11, 1.º y 10.

ya dichos arriba; y nació en el portal de Belem, entre dos animales: circunstancia también prevista en los Libros proféticos (1).

Veamos ahora las profecías relativas á las cualidades, ministerios y vidas del Mesías anunciado.

David, en su segundo Salmo, nos habla muy claramente del futuro Mesías, y le llama Hijo de Dios y Señor universal de todas las naciones. «Se prepararon los reyes de la tierra, dice, y los príncipes se coaligaron contra el Señor y contra su Cristo.

Pero el que habita en los cielos se reirá de ellos, y el Señor les hará burla.

Yo (dirá Cristo) estoy constituido por Dios como rey sobre Sión, que es su monte santo, y predicaré sus preceptos.

Porque el Señor me dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy (en la eternidad).

Pídeme y te daré por posesión y por herencia todas las gentes hasta los confines de la tierra» (2).

Aquí vemos que el Mesías debía de ser Hijo de Dios; que debía ser rey, y rey coronado sobre la montaña de Sión; que debía predicar la palabra de Dios; que los reyes de la tierra se habrían de conjurar contra él, y que, á pesar de todo, su reino espiritual se había de extender sobre todas las naciones.

¿Quién no ve que todo esto ha tenido cumplimiento en Jesucristo y sólo en Jesucristo? Fué Jesucristo Hijo de Dios, según se lo dijo el Arcángel á la Virgen: Lo que nacerá de Ti será llamado el Hijo de Dios. Fué Jesucristo rey del universo, no solamente por ser Dios, mas también por habernos redimido por su sangre. Pero fué condenado á muerte por haberse hecho rey de los judíos, según le dijo Pilatos por esta inscripción, colocada sobre la cruz: Jesús Nazareno, rey de los judíos; y esa cruz, instrumento y á la vez corona gloriosa de su reinado, se la colocaron sobre sus divinos hombros, en la montaña de Sión, donde está edificada Jerusalem. Y, por haberla llevado hasta la cima del Calvario, y ser elevado sobre la tierra enclavado en ella, ha merecido traer hacia sí todas las naciones.

Fué también Jesucristo el gran maestro y predicador de los preceptos de su Padre: Yo por mí mismo no hablo nada, nos

(1) Isaías, 1, 3.

(2) Salmo 2.º, vers. 2.º al 8.º

dice Jesús: las cosas que oí de mi Padre esas son las que predico en medio del mundo (1). Por eso el Padre nos lo propuso como nuestro maestro sobre la montaña del Tabor, cuando dijo: Este es mi Hijo muy amado: escuchadle (2).

Por último: que fué Jesucristo perseguido por los príncipes y reyes, á contar desde Herodes hasta la venida de Constantino, y aun, salvas excepciones; hasta nuestros días, y que, á pesar de tanta contrariedad y tantos obstáculos, tiene Jesús corazones que le amen en todas las naciones de la tierra; esto, digo, es cosa tan patente que está á la vista de todos.

Pues las circunstancias de la pasión del Mesías están también anunciadas por el Real Salmista con todos sus detalles; y de tal manera convienen á la pasión de Jesús, que son su verdadero retrato y como el programa de aquella divina tragedia.

«Dios mío, Dios mío, mira hacia mí; ¿por qué me has abandonado?...»

Yo soy gusano y no hombre; el oprobio de los hombres y el desprecio de la plebe.

Todos los que me ven se burlan de mí; hablaron con sus labios (palabras insultantes) y movieron la cabeza.

Sin embargo esperó (Jesús) en el Señor, lo librará; y lo pondrá en salvo, porque lo ama.

Me rodeó el concilio de los que preparan cosas malas.

Agujerearon mis manos y mis pies, y contaron todos mis huesos.

Dividieron entre sí mis vestidos, y sobre mi túnica echaron suertes» (3).

Después de la pasión asegura el Salmista que el Santo de los Santos no permanecerá mucho tiempo en el sepulcro, y que no será poseído por la corrupción (4).

Ahora ciego ha de ser quien no vea que todo lo referido tuvo cabal cumplimiento en nuestro Señor Jesucristo.

Conciliábulos tuvieron los judíos para condenar á Jesucristo; consideráronle como el deshecho del pueblo, posponiéndole á Barrabás y azotándole como á los esclavos; perforaron sus manos con los clavos de la cruz; movieron sus cabezas y blasfemaban

(1) San Juan, 14, 10.

(2) San Lucas, 9, 35.

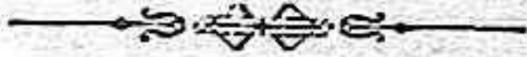
(3) Salmo 21, todo él.

(4) Salmo 15, 10.

de El; y, por fin, repartieron los sayones parte de sus vestiduras, y la otra parte, la túnica, la sortearon.

Pero tampoco salió falsa la confianza que Jesús tenía en su Padre, porque le libró de las garras de sus enemigos, dándole sobre ellos el más glorioso triunfo que jamás se ha visto: el de su Resurrección y el de la Ascensión á los cielos.

(Continuará.)



Reflexiones sobre el Evangelio.

Dominica XXII después de Pentecostés

Propio es de la malignidad el ingenioso arte de compensar la vergüenza de su propia derrota con algún nuevo proyecto de prevención y de odio hacia aquel que la persigue y confunde. Esto sucedió á la perversidad de los Escribas y Fariseos, recientemente retratada por Jesucristo en la parábola del gran Rey que celebró bodas á su hijo. Aquellos hombres y toda la nación judaica comprendieron bien que de ellos hablaba: y como agua que encerrada en un vaso sin salida, la busca por otra parte hasta vencer aquella resistencia que se le opone, así la malicia de los judíos, confundida por la parábola de Jesucristo, busca nuevos motivos para reparar sus sensibles derrotas.

Por eso hacen, se proponen y dicen lo que S. Mateo (1) nos refiere en el Evangelio de esta Dominica.

«Entonces los fariseos se retiraron á tratar entre sí cómo podrían sorprenderle en lo que hablase». Ved ahí el retrato de aquellos hombres: les ha hecho ver el Salvador lo que son, lo deplorado de sus obras y, lejos de retroceder, como hubiera hecho un hombre cuerdo y sensato, su resolución última es tenderle un lazo para que caiga en él y puedan gloriarse en el descrédito y la ruina de aquel hombre, cuya sabiduría y rectitud les anonada y confunde.

Y para conseguir esto «le envían sus discípulos con algunos Herodianos, que le dijeron: Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino de Dios conforme á la pura verdad, sin respeto á nadie, porque no miras á la calidad de las personas».

(1) Cap. XXII, vers. 15 al 22.

Jamás ha pronunciado la hipocresía verdades más gloriosas para Jesucristo: alguna vez habíamos de tener el consuelo de decir con el inspirado autor del cántico de Zacarías: *salutem ex inimicis nostris*: estamos conformes con lo que acabáis de decir, porque Jesucristo, es en verdad *el camino, la verdad y la vida*.

Pero pretender que con esta introducción llevan una intención sana, ó el deseo de instruirse, ó las miras de pertenecer á su escuela y apostolado, es hacerles un honor que no merecían. El Evangelio nos lo declarará todo; porque tanto como verdadera es la salutación que hacen á Jesús, tanto es de intencionada y malévolá.

En efecto, leemos en el Evangelio: «Esto supuesto, dinos qué te parece *de esto*: ¿Es ó no es lícito á los judíos, pueblo de Dios, pagar tributo al César? La cuestión estaba planteada con arte y con malicia: mayormente cuando, según el sentir de San Jerónimo, en aquellos días se agitaba con calor, por una y otra parte, la solución que debiera aceptarse; habia entre ellos quienes pensaban que, atendiendo á la paz y al bien de la nación, en general, debía pagarse ese tributo; otros, entre quienes los fariseos militaban en primera fila, con más ardor y haciendo causa de religión, sostenían que el pago de ese tributo era una impiedad; porque el pueblo que pagaba diezmos y primicias á Dios, no debía pagar tributos al César por grande que fuese.

Jesucristo no tardó en darles una respuesta que vino á desconcertales. Comprende su refinada malicia y les llama hipócritas, y en seguida les dice: «Enseñadme la moneda con que se paga el tributo. Y ellos le mostraron un denario. Y Jesús les dijo: ¿De quién es esta imagen y esta inscripción? Respondiéronle: Del César. Entonces les replicó: Pues dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. Con cuya respuesta quedaron admirados y, dejándole, se fueron».

¡Lástima grande que el espacio concedido á esta breve explicación del Evangelio no nos permita desentrañar, siguiendo á los escritores católicos, la sublime enseñanza de estas palabras del Divino Salvador! Contentémonos con decir que la Religión halla en estas palabras todo un plan de justa y equitativa distribución entre lo que el hombre debe al César y lo que debe á Dios: todo está prevenido: cada cosa está definida y en su puesto: da al César lo que es suyo: no le des lo que está más allá de su domi-

nio; dale lo temporal, sin ofensa de la virtud; lo que es del reino de ésta, ya no es del dominio del César, es de Dios; si le das lo que ataca á la religión y á la piedad, no le pagas un tributo que sea suyo, se lo das al diablo, reconociéndole como tu Señor. Así lo dice San Juan Crisóstomo.

¡Ojalá que en los presentes días, aquellos á quienes incumbe, escucharan la voz de nuestros Prelados, que, como San Ambrosio al Emperador Valentiniano, y el célebre Osio, Obispo de Córdoba, á Constancio, repiten también las palabras que respectivamente dirigieron aquéllos á los Emperadores: *Noli te gravare Imperator ut putes te in ea quae divina sunt imperiale ius habere. Tibi Deus imperium commisit, nobis quae sunt Ecclesiae concredidit!*

¡Ojalá que hoy se escuchasen las palabras de un Teodosio el joven, que en su carta al Concilio Efesino, decía: «Es una impiedad que el que no pertenece al catálogo de los Obispos se arroje é invada el terreno de los negocios y consultas eclesiásticas!»

Dichosas las naciones, dichosos los pueblos que comprendan las palabras de Jesús: «A Dios lo que es de Dios, al César lo que es del César».



— Explicación de las Virtudes.

(Continuación).

Todas las verdades reveladas por Dios y que constituyen el objeto de la fe, pueden dividirse en tres clases. A la primera pertenecen las que, siendo naturalmente asequibles á nuestro entendimiento, como, por ejemplo, la existencia de Dios, nos son reveladas por la Bondad Divina, ya para ejercitar nuestra fe y engrandecer y magnificar nuestro entendimiento, ya para que las podamos conocer con más facilidad, firmeza y prontitud, y servirnos de ellas para el fin á que debe enderezarse nuestra vida.

La segunda clase abraza las que, si bien no pueden ser conocidas en cuanto á su existencia por la razón, después de sabida y asegurada esta existencia, el entendimiento las entiende y discurre acerca de ellas por sus razones propias; tales son muchas de las verdades ó misterios de la vida, muerte ó Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, las cuales, como consiguientes á la existencia de la Encarnación del Hijo de Dios, no podemos conocerlas

sino supuesto este misterio; pero, ya sabido y admitido, las entiende nuestra razón de igual manera que entiende cualquier otro hecho ó acontecimiento análogo.

A la clase tercera pueden referirse las que sobrepujando toda la facultad de la naturaleza criada, y no teniendo de ellas idea ó conocimiento directo, ni pudiendo, por consiguiente, ser conocidas, ni en su existencia, ni en su esencia, por el entendimiento, sólo podemos formar idea ó concepto de ellas por analogía, comparación ó semejanza con otros objetos conocidos naturalmente. En este grupo ó clase entran los misterios más altos y augustos de nuestra fe, como, por ejemplo, la Santísima Trinidad, la Encarnación y otros semejantes. Esta tercera clase de verdades sobrenaturales, que sólo por vía de revelación pueden ser conocidas, reciben el nombre de misterios; porque ellas de suyo son verdades absolutamente ocultas á la investigación humana; y aun después de reveladas, sólo se conocen en cuanto á la existencia, mas no en cuanto á su esencia; porque con la revelación se nos dice, sí, que aquellas cosas existen, mas no como son en sí mismas; al modo que un ciego de nacimiento sabe por la narración de otros hombres dotados de buena vista, que hay colores en el mundo, mas no conoce qué son ellos en sí y cómo existen, siendo para esto último necesaria una intuición sensible de que él carece.

Ahora bien, ¿hay alguna dificultad en que el hombre crea estas verdades que, trascendiendo absolutamente las fuerzas de su razón, jamás hubiera alcanzado á conocerlas ni tenido de ellas la más leve noticia, no sólo en lo que toca á su esencia, pero aun en lo que se refiere á su existencia, á no habérselas Dios revelado? ¿Podrá Dios revelar al hombre verdades que exceden el alcance de su razón? ¿Opónese á la sabiduría, bondad y demás atributos divinos? ¿Repugna tal vez á la condición y á las exigencias de la naturaleza humana? Que puedan existir estas verdades, sería temeridad y locura negarlo. Los misterios también los puede Dios revelar; y no faltan razones de sumo peso que persuaden la gran conveniencia de que sean revelados á los hombres algunos de ellos, aquellos principalmente que atañen á la intrínseca naturaleza de Dios y al orden de la providencia, que el Criador haya tenido á bien escoger entre los infinitos posibles. De esta manera será mejor conocido de sus criaturas, y al conocimiento seguirá el amor, y éste traerá consigo mayor alabanza y gloria de la majestad divina.

La existencia de los misterios, hablando en general y sin bajar al caso concreto de cada uno, es lo más evidente que podemos desear, supuesta la naturaleza divina. Dios, en efecto, por razón de su infinita perfección, contiene en su seno un sinnúmero de verdades sumamente recónditas é inaccesibles á las débiles fuerzas de la flaca razón humana. Tanto más, que á nuestra razón no le corresponde por naturaleza un conocimiento instintivo de la esencia divina, sino solamente abstractivo, y tal que nos muestre á Dios en sí mismo, sino en sus propios efectos, los cuales nos hagan rastrear algo de lo mucho é infinitamente grande que hay en Él. De aquí resulta que todo cuanto constituye á Dios en su propia esencia es para nosotros un verdadero misterio; y que mientras vivamos en esta peregrinación terrestre quedará siempre para nosotros velado con las venerandas sombras de la fe, al modo que por la fe y no por intuición debe conocer los colores un ciego, á quien no ha cabido nunca la dicha de ver la luz del día.

La misma naturaleza, con sus misterios naturales, nos induce á juzgar que en el tesoro infinito de la naturaleza divina, infinitamente superior á cuantas naturalezas criadas puedan imaginarse, exista de hecho gran número de verdades del todo inaccesibles á nuestra limitada inteligencia. ¿Quién ha sabido ó sabrá jamás cómo se junta nuestra alma inmortal con el cuerpo corruptible, como de un mismo alimento introducido en el estómago y luego convertido en sangre por la fuerza vital del animal, se van repartiendo por todas sus partes las moléculas convenientes para que se formen los huesos, la carne y las demás partes del cuerpo?

(Continuará).

CUENTO

Un plan frustrado y una medicina eficaz.

La verdad es que Juanito no mejoraba. En vano sus padres se esforzaban por distraerlo: no tenía gana ni de verse solo, y mucho menos de ver á nadie.

El médico, lumbrera científica, al decir de las gentes, había asegurado con toda formalidad que aquello no era nada, y, como el otro del cuento, llegaba hasta incomodarse si le contradecían.

Tenía plena, plenísima confianza en los ungüentos, jarabes, emplastos y mil y mil específicos que le propinaba y..... no; no había que darle vueltas; ó curaba, ó....., se moría ¡Vamos! esto no lo decía él, pero lo digo yo, que para el caso es lo mismo.

Es lo cierto que Juanito, á pesar de sus veinte años, estaba, desde que vino de Madrid, estenuado, flacucho, hecho un cadáver; dolores aquí y allá, fiebre mañana y tarde, desgana completa siempre, mal humor á todas horas, sin alientos para hablar, sin deseos de vestirse, completamente despellejado á fuerza de vejigatorios, pomadas y sinapismos; he aquí la situación lastimosa á que había llegado el primogénito de los Sres. de Ataquines, después de una enfermedad de tres al cuarto, según la expresión gráfica del médico que lo asistía.

En el momento que lo presentamos á nuestros lectores, estaba peor que otras veces, y sus padres principiaban á inquietarse, á pesar de las consabidas seguridades del galeno, de que no ofrecía peligro alguno aquella enfermedad. «Es cuestión del temperamento del enfermo; no hay que temer, curará en breve, merced á este nuevo medicamento, que es verdaderamente la salud á domicilio, como la Margarita de Loeches; sí, señor. ¡Pues no faltaba más! decía, como Bartolo, el médico titulado en la Universidad de *Palencia del Fresno*: sí, señor, se curará, porque la ciencia (con énfasis y levantando el gallo), no puede engañarse en ciertos casos, que, como éste, son clarísimos como la luz meridiana. Ante todo, les advierto lo que siempre, y hoy con mayor encarecimiento: nada, nada, absolutamente nada de impresiones fuertes, porque traerían complicaciones difícilísimas de vencer».

—¡Eh! ¿Qué tal? Me parece que esto es muy *sic*: modernismo puro. ¿Acaso no somos ahora casi todos manojitos de nervios, imposibles de dominar? ¿No ocurre, por desgracia, que en los últimos momentos hay quien teme impresionar fuertemente al enfermo y que surjan complicaciones gravísimas, si se le habla de confesar, de prepararse cristianamente á morir, de ocuparse, en una palabra, del negocio más importante para el hombre? Pues esta era la madre del cordero.

El médico, materialista, y por ende librepensador, obrando *como tal*, quería que todo el mundo practicase *libremente* lo que él, abusando de un modo indigno de su profesión, tenía á bien ordenar. ¿Entienden Udes. el juego? Pero no; por esta vez le salió el tiro por la culata.

Una de las visitas más atendidas en casa de los señores de Ataquines era D. Prudencio, Cura párroco del pueblo, señor de mucha edad, mucha ciencia y conocedor como pocos del mísero corazón humano. Él había unido en santo é indisoluble lazo á dichos señores; él había bautizado á sus hijos, les había enseñado el Catecismo y los había preparado para el gran día de su primera comunión, y por esta causa, además de otras razones, gōzaba de mucha autoridad y vivas simpatías en aquel hogar. Hacía ya varios días que el bondadoso señor venía preocupado con la idea de tratar con los señores de Ataquines sobre la situación poco halagüeña de Juanito y de lo conveniente que sería prepararlo, por lo que pudiera suceder; mil veces intentó hablar, pero otras tantas dejó de hacerlo ante el temor de turbar con sus palabras la calma triste que en aquella morada se sentía, y más que nada por si resultaba cierta la previsión del médico, respecto á *complicaciones*. Al ver el estado del enfermo en el día que nos ocupá, se decidió á romper aquel doloroso silencio: el buen párroco, atento desde luego al cumplimiento del deber, participó á los padres de Juanito los temores que abrigaba de que el médico podía engañarse en aquella ocasión, y prueba de ello era el alarmante y progresivo abatimiento del enfermo; además, á través de aquellos ojos casi apagados y escondidos, había creído leer en el fondo de su corazón... En fin, abordando la cuestión de frente, indicó la conveniencia de hablar á Juanito de otras enfermedades que el médico no entendía y que agobian al hombre mucho más que todos los sufrimientos físicos.

Convencidos los señores de Ataquines de esta gran verdad, suplicaron á D. Prudencio que llevara á cabo su propósito, y as lo hizo inmediatamente, hablándole tan al corazón, poniendo tal unción en sus palabras, trayendo á su memoria recuerdos tan tiernos... que el rostro de Juanito, tan falto de color, de expresión y viveza, recobró súbitamente sus perdidas energías, y se iluminó como la luz amortiguada que de improviso recibiera el necesario combustible.

—Salgan ustedes, padres de mi alma; tengo necesidad de hablar á solas con D. Prudencio. Salieron los padres y... un copioso llanto bañó las mejillas de Juanito, hacía mucho tiempo secas y marchitas. Después... Dios, ministro sacramental y penitente saben lo que pasó.

.

Al salir D. Prudencio de la casa se encontró en la misma puerta con el médico, que, como siempre, no pudo disimular un gesto de contrariedad y mal humor.

—Supongo, Sr. Cura, que no se habrá Ud. permitido hablar á Juanito de cosas del otro mundo.

—Tengo mucho gusto en decirle, Sr. Médico, que me ha rogado él mismo que le hable y que yo he obedecido.

—Pues ha hecho Ud. muy mal, como siempre. El enfermo habrá empeorado mucho y Ud. será el responsable.

—Me he limitado á cumplir con mi deber, tan sagrado, más sagrado é importante que el de Ud. por referirse á un orden más elevado, y me llena de satisfacción el poder asegurarle que se encuentra muy mejorado.

—¡Imposible, imposible! Cualquier impresión fuerte puede costarle la vida.

—Es tan cierto lo que digo que terminará por darme la razón. Y volviendo pasos atrás acompañó al doctor hasta la habitación del enfermo.

Juanito estaba cambiado: una paz, una tranquilidad y una alegría indecibles inundaban su rostro; había ganado el ciento por uno en color y agilidad y estaba decididor y vivaracho como en sus mejores días.

El médico, con los ojos muy abiertos, examinaba atentamente al enfermo, y después de pulsarlo y hacerle mil preguntas, terminó por decir: ¿Qué ha tomado Ud., Juanito, desde mi última visita?—No he tomado, contestó, más que una medicina que me ha propinado D. Prudencio, y que, á juzgar por los efectos, debe ser maravillosa; me ha quitado de encima la penosa losa de plano que me oprimía y embarazaba todos mis movimientos, el dogal que ahogaba mi garganta, el gusano que roía todos mis huesos. Mi buen párroco ha comprendido mejor que nadie mi enfermedad y ha hecho conmigo la caridad de ponerme en cura. Dentro de poco recibiré en mi pecho al Médico celestial, y espero que Él mismo acabará de curarme pronto y radicalmente.

El médico no necesitó más explicaciones. Salió de la habitación con las orejas gachas, pero oyendo, bien á su pesar: Que no sólo enferma el cuerpo, sino que tenemos un alma inmortal, que

también enferma, y sus dolencias son mucho más graves y transcendentales..... *Intelligenti pauca.....*

Juanito se puso bien en breve tiempo y diz que el médico de su pueblo no volvió á hacer uso de las *célebres y temidas complicaciones* para privar á los enfermos de los auxilios espirituales en los últimos y más angustiosos momentos de la vida.

Liturgia.

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA. Poco de particular ofrece para nuestro objeto esta Dominica, pues, fuera de los grandes misterios y enseñanzas que contiene la Transfiguración del Señor, de que nos habla el Evangelio de este día, no hay ceremonia especial en ella, ni durante la semana, que llame nuestra atención. Por lo tanto nos limitamos á dar á conocer á nuestros lectores los nombres con que se distingue este segundo Domingo: uno de ellos es el de Dominica *Reminiscere*, así llamado, sin duda, por ser esta la primera palabra con que comienza el Intróito de la Misa: dándosele también otro más significativo, cual es el de Domingo de la *Transfiguración*, á causa del Evangelio, que nos relata la asombrosa y gloriosa Transfiguración del Señor.

En Roma, la Estación tiene lugar en la iglesia de Santa María *in Domnica*, sobre el monte Celio. La tradición nos representa esta Basílica como la antigua Diaconía en que presidía San Lorenzo, y distribuía las limosnas de la Iglesia.

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA. Como los domingos anteriores, es conocida también esta Dominica con el nombre tomado de la primera palabra del Introito de la Misa, que es *Oculi*. En la Iglesia primitiva se la llamaba *Domingo de los Escrutinios*, por ser este día en el que daba principio el examen de los catecúmenos que habían de ser admitidos al Bautismo en la noche de Pascua. Invitábase á todos los fieles á presentarse en la Iglesia para testimoniar de la vida y costumbres de los aspirantes á la milicia cristiana. En Roma, estos exámenes, conocidos con el nombre de *Escrutinios*, se verificaban en siete sesiones, á causa del gran número de aspirantes al Bautismo; pero el principal Escrutinio era el del Miércoles de la cuarta semana, y del que hablaremos en su lugar.

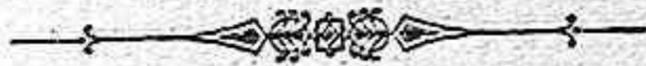
El Sacramentario Romano de San Gelasio danos la forma de la convocación de los fieles á estas asambleas, concebida en estos términos: «Amadísimos Hermanos: Sabed que se aproxima el día del Escrutinio en que nuestros elegidos deben recibir la instrucción divina necesaria; esperando confiadamente de vuestro celo que *tal día* de esta semana á la hora de Sexta, hemos de reunirnos para cumplir sin error, con la ayuda de Dios, el misterio celestial que abre la puerta del reino de los cielos y anonada al diablo con todas sus pompas». Esta invitación repetíase, si era necesario, en cada uno de los Dómingos siguientes. En este Domingo que celebramos, habiendo sido admitidos en el Escrutinio cierto número de candidatos, sus nombres eran inscritos en los dipticos del altar, como igualmente los de sus padrinos y madrinas, leyéndolos en el Canon de la Misa.

La Estación tenía lugar y aun se celebra en la Basílica de San Lorenzo, extramuros. No carecía de misterio el haberla asignado á esta iglesia, pues despertando el recuerdo del más célebre Mártir de Roma, se les recordaba á los Catecúmenos los grandes sacrificios que algún día podría exigírseles por la fe, á cuyas banderas iban bien pronto á alistarse.

Este Domingo es también célebre en la Iglesia griega por la solemne adoración de la Cruz que precede á la semana llamada *Mesonestima*, que significa *mitad de los ayunos*. Esta ceremonia, cuyo fin principal es excitarnos en este tiempo de penitencia á abrazar á la Cruz con más fervor, á adormecer los pasados trabajos de la abstinencia, y á prepararnos al alegre tiempo pascual, se hace con una gran solemnidad. Terminado el oficio divino, cambia el Sacerdote sus vestiduras, é inciensa la sagrada mesa y la Cruz, que encerrada en su relicario la toma en sus manos, é impone sobre su cabeza, saliendo en procesión fuera de la iglesia. Dadas á Dios rendidas gracias y cantado por tres veces el himno santo, el Sacerdote, dice: *Sapiéntia, Recti*, y el pueblo contesta *Salva, Domine, populum tuum et benedic hereditati tuae*: Salva, Señor, á tu pueblo, y bendice tu herencia. El Sacerdote, llevando, como hemos dicho la Cruz, llega hasta el altar, en el que deposita la Cruz, colocándola en una mesa preparada al efecto, empezando enseguida á cantar estas hermosas palabras: *Tuam Crucem adoramus, Domine*: Adoramos, Señor, tu Cruz. Y abierto el relicario, el Prelado del lugar comienza la adoración, siguién-

dole el Sacerdote, haciendo tres reverencias delante de la preciosa Cruz. Después de haberla besado, vuelven á hacer una nueva reverencia á la Cruz, y otra hacia cada uno de los coros, procediendo enseguida los demás fieles á la adoración de la citada Cruz.

El pensamiento general de la Misa, en este tercer Domingo, es exhortarnos á confesar íntegra y sinceramente nuestras faltas, fijándose por la Iglesia este día para dicho fin, en atención á que era en otros tiempos el destinado, como se ha dicho, al examen de los Catecúmenos, sobre los que tenía perfecto derecho de exigir á los demás fieles manifestaran cuanto supieran de ellos, antes de presentarse á recibir el Bautismo. Mas como hoy día estas exhortaciones no tienen razón de ser, en cuanto se refiere á los Catecúmenos, por eso, sin duda, las aplica la Iglesia á la confesión, que todos los fieles han de hacer antes de su comunión pascual. El evangelio representándonos la historia del demonio mudo que tiene supeditado al pecado, y le pone obstáculos para que haga una confesión sincera de sus faltas, nos pone en guardia contra un desorden semejante.



Noticias generales.

El Patronato Social de Buenas Lecturas inicia un magno proyecto que ha de proporcionar grandes beneficios al desarrollo de la acción social católica.

Trátase de fundar *Bibliotecas parroquiales* en España, pensamiento que ha merecido el entusiasta aplauso y elogio de buen número de Prelados y de católicos insignes.

Del Reglamento de institución reproducimos los siguientes artículos que podían dar idea de su objeto y organización:

El objeto principal de estas *Bibliotecas* será reunir obras de lectura apropiada para conservar en el seno de la Iglesia católica á los obreros rurales, aun no tocados de las ideas antisociales, y atraer por medio del buen libro y de la buena Prensa á los urbanos que por desgracia le arrebató el libro malo y la mala Prensa, fautores de la revolución social latente.

Los recursos de la Obra para la adquisición de libros, revistas y periódicos y para la propaganda y gastos de administración, se obtendrán con los donativos que otorgan los buenos católicos de acción que forman el Patronato Social de Buenas Lecturas.

Para facilitar estos donativos el Patronato crea un sello especial de diez céntimos de peseta que puede adherirse á los so-

bres de la correspondencia y á cuantos documentos se quiera, y que servirá de gran propaganda á la obra.

Las *Bibliotecas parroquiales* reunirán principalmente en sus salas de lectura dominical y nocturna libros de actualidad, folletos, periódicos y revistas de espíritu católico, y aquellas obras adecuadas á la índole de las industrias y riqueza peculiar de cada vecindario.

Para detalles de la organización dirigirse á D. José J. de Urbina, Cervantes, 8, 3.º, Madrid.

*** Dice *La Libertad*, de Málaga:

«Parece que el Gobernador civil está dispuesto á perseguir la propaganda anticatólica que, mediante ciertas hojitas muy parecidas á las de la buena Prensa, se viene haciendo en Málaga».

*** Por disposición del Prelado de la Seo de Urgel han sido trasladados á Vilanova de la Sal los restos de los sepulcros profanados en la iglesia del monasterio de los Abellanes.

*** El Rdo. P. José Font, Superior de los misioneros del Inmaculado Corazón de María, residentes en Tarragona, llegará en breve á Roma, siendo el objeto de su viaje el de elevar á la Sacra Congregación de Ritos los procesos de beatificación del Padre Claret, instruídos en Madrid, Vich y Tarragona.



Santorial.

Día 4, Domingo XXII después de Pentecostés. Stos. Carlos Borromeo, arz., card. y cf.; Sta. Modesta, vg.

Día 5, lunes. Stos. Zacarías, padre de S. Juan Bautista; Galación, Domnino, Teótimo, Filoteo, Silvano y comps. mrs.; Sta. Isabel, madre de S. Juan Bantista; Bertilda, vg.; B. Francisca de Amboise, carmelita.

Día 6, martes. Stos. Severo, ob. y mr.; Leonardo, cf.; Félix, mr.

Día 7, miércoles. Stos. Ercuano, Augelberto, obs. mrs.; Florencio, ob. cf.; Fortián, niño, y Amaranto, mrs.; Ernesto, ab. mr.

Día 8, jueves. Stos. Diosdado, pp. y cf.; Claudio, Nicostrato, Sinforiano, Castario, Simplicio, mrs.

Día 9, viernes. Stos. Teodoro, Orestes y Alejandro, mrs.

Día 10, sábado. Stos. Andrés Avelino, cf.; Trifón, Respicio, Tiberio, Modesto, mrs.; Sta. Ninfa, vg. y mr.